



ABIA pasado medio siglo. Las obras proseguían lánguidamente. De cuando en cuando aparecía algún profeta para reanimar el entusiasmo primero; pero el impulso más importante vino también ahora de los hebreos que vivían en la cautividad, y en especial de un personaje influyente en la Corte de Susa, llamado Nehemías. Copero del Rey Artajerjes, es decir, hombre de su confianza, Nehemías utilizó su influencia para ayudar a sus compatriotas. En cierta ocasión, habiendo recibido malas noticias de la suerte de las cosas en la tierra de sus mayores, el Rey le preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Por

qué está melancólico tu semblante?» «¿Cómo no he de estar melancólico, respondió él, cuando la ciudad de mis padres está desierta y sus puertas consumidas por las llamas?» Entonces el Rey le dijo: «Dime qué deseas y se hará.»

Artajerjes cumplió su palabra con inesperada generosidad. Nehemías fué nombrado gobernador de Judea, adonde se dirigió con un séquito numeroso y con una orden en que se intimaba al guarda de los bosques reales que aprontase toda la madera necesaria para la reconstrucción de Jerusalén. Era el año 20 de Artajerjes, es decir, el 445 antes de Cristo. Reanudáronse las obras con nue-